



José Asunción Silva

Doctor Rafael Núñez

Poeta de altísimo vuelo, singular profundidad de concepción y extrañas formas esencialmente personales; estadista y filósofo; sociólogo capaz de realizar, dándoles forma concreta, las más atrevidas concepciones de su poderosa inteligencia; político ilustre, llamado desde hace años a regir los destinos de su patria, el Dr. Rafael Núñez, ha sido, a no dudarlo, una de las más levantadas figuras de la América Española. Lejos de nuestro ánimo ofrecer a los lectores de El Cojo Ilustrado un estudio sobre la obra política ideada y realizada por él en la República hermana; juicio difícil de formar hoy, cuando los documentos que se podrían consultar son debidos a los mismos interesados en la lucha, cuando lo reciente de la modificación de las instituciones, la polvareda levantada por la última guerra de 1885, impiden a uno darse cuenta del resultado obtenido, y que estaría en abierta pugna con la índole de esta publicación.

Para juzgar ciertas épocas con el desinterés, la elevación de miras y la equidad perfecta que requieren los estudios históricos, es necesario que pasen los años, que las pasiones se serenen, que las nubes aglomeradas en el horizonte se disipen para que el alejamiento de los sucesos en el tiempo le permitan al historiador ver en lontananza, de un solo golpe de vista y formando un conjunto en que se fundan los detalles, la época que estudia. Así, el viajero que transita los caminos de los Andes inmensos, no puede, al recorrerlos, adquirir idea exacta de las cimas que escala, de las vertiginosas alturas que recorre, y necesita, para obtener una impresión sintética y sentir la grandeza del paisaje, ver a la distancia a que el ojo humano puede enseñorearla la Cordillera grandiosa en cuyos picos altísimos blanquea la nieve eterna y anidan los cóndores.

Los artículos políticos, científicos y literarios del Dr. Núñez, magistrales todos por la abundancia de ideas generales, de datos precisos y por la concisión y elegancia del estilo, contienen las ideas que el Presidente Titular de Colombia ha contribuido a desarrollar en el curso de su larga carrera política y son, la mayor parte, verdaderas

obras maestras de profundidad, de clarividencia y de reflexión. Esos artículos y sus poesías le han valido favorables juicios de grandes críticos españoles y americanos, don Juan Valera, don Marcelino Menéndez y Pelayo, don Miguel Antonio Caro, don Rafael M. Merchán, don Martín García Mérou, don José Ángel Porras, don Rubén Darío, y los nombramientos de miembro de la Academia Colombiana e individuo correspondiente de la Real Academia Española.

Su obra poética, inmensamente popular en Colombia, donde las estrofas de «Todavía» y «Belleza», «Llanto» y «Virtud» están en todas las bocas, requeriría capítulo aparte en una historia de la literatura hispanoamericana. La estrofa enjuta y nerviosa, llena de audaces elipsis y desbordante de graves ideas, incorrecta, voluntariamente incorrecta a veces, no tiene la música de orquesta de la de Zorrilla y sus románticos compañeros; aquella dulcísima música arrulladora, modelo sobre el cual forjaron sus cantos, con ilustres excepciones, los poetas de la pasada generación, desde México hasta Chile, ni ostenta tampoco la corrección suprema, los perfiles precisos y marmóreos de los poemas del impecable maestro Núñez de Arce.

Más pensador que artista, más poeta que retórico, o, como lo ha dicho él mismo: «Más hombre que vate, más ser que pintor», el Dr. Núñez no ha prestado jamás a la forma el nimio cuidado que, erigido en canon de la Escuela, sirvió de norma a los parnasianos franceses para escribir sus poemas, y que, convertido ya en preocupación enfermiza, anima las producciones de los decadentes y simbolistas de la última hora.

Espiritualista convencido y lector asiduo de los grandes maestros, los primores de la forma no lo tentaron, despreció las fiorituras habilidosas y así lo dijo en una de sus más hermosas composiciones:

No es la norma del arte el cauce estrecho que opio en la copa cincelada vierte, que arma de nuevo de Procusto el lecho y en el ritmo sensual halla la muerte.

(«Libertad»)

En sus singulares poemas, sin lujo de rimas ni deslumbramiento de palabras que brillen como pedrerías, la idea aparece, confusa a veces y como encubierta por un velo; más sugestiva así porque hace pensar que hubiera podido ataviarla con suntuosas vestiduras y que, para no ocultarle las alas, el poeta osó apenas cubrirla con un tul oscuro. Aquella poesía honda y grave, música de órgano más bien que serenata de mandolinas, himno llano que resuena en una catedral gótica poblada de sombras, más bien que endecha de trovador al pie de un castillo, canta la pasión humana sublimada por el dolor, las incertidumbres de la criatura frente al eterno misterio, los mitos muertos, las fabulosas creaciones de los pueblos niños, las civilizaciones desaparecidas, las grandes figuras de la leyenda y de la historia, la palingenesia eterna de los seres y de las ideas.

Los problemas morales han obsediado al poeta con sus secretos. Al comenzar el camino se ha tropezado con la Esfinge; el origen del bien, el origen del mal, el misterio del más allá, la angustia de la nada final, el deseo de otra vida, todo lo que la ciencia ignora, lo que las Religiones afirman, batalla en su espíritu sin que se haga la paz. Sus primeras poesías son un eco de ese malestar sin nombre, un grito arrancado por la duda. Hay un momento de desesperación en que pierde la esperanza de encontrar la luz, en que el escepticismo lo domina y dice:

Ignoro si mejor es el verano de la existencia que el invierno cano, ser titán o pigmeo, hombre o mujer; si es mejor ser humilde que irascible. Si es mejor ser sensible que insensible, creer que no creer[...]No sé si lo que llaman heroísmo es virtud, embriaguez o fanatismo, odio, ambición, delirio, saciedad...En la noche que forman mis pasiones no alcanzo de mis propias emociones a saber la Verdad.[...]¡Oh confusión! Oh caos! ¡Quién pudiera del sol de la verdad la lumbre austera y pura en este limbo hacer brillar! De lo cierto y lo incierto ¡quién un día, y del bien y del mal, conseguiría los límites fijar!...

(Que sais-je?, 1861)

Para cualquier observador apenas iniciado en los secretos de la vida moral, el estado de espíritu que expresan esas estrofas es ya signo de una evolución mística que inevitablemente habría de efectuarse en el alma del que las escribió. La duda, la blasfemia misma, ha dicho Renán, son un homenaje a lo divino, puesto que son la expresión de una necesidad intensa de justicia y de orden. Dudar implica la necesidad inevitable de inquirir, de encontrar o de forjar siquiera una creencia final. Pocos son los que hallan en la duda aquel mol oreiller fait pour te reposer une tête bien faite de que habla Montaigne, y bien prueban la verdad de lo contrario los acentos desgarradores con que algunos de los más grandes poetas del siglo, Musset y Núñez de Arce por ejemplo, han cantado sus sufrimientos en estrofas inmortales.

El volumen de versos del doctor Núñez, si se exceptúan algunas hermosas composiciones eróticas, es la historia del largo camino recorrido en busca de la fe. Hasta el fondo del abismo negro donde se agitaba el poeta al escribir su Que sais-je?..., rasgando las oscuridades trágicas del cielo llega un rayo de luz pálido y débil:

Tal vez cuando nos alce hasta su seno Dios, que todos sentimos, sabremos lo que somos aquí abajo, si hay oculta salud en el veneno, reparador reposo en el trabajo.

(Lo inescrutable)

Aquella claridad le sugiere la idea de que es necesaria una transcripción mística de los actos humanos, de que exista una vida diferente de la de Tierra:

Si el hombre a lo perfecto aspira y tiende si en santa caridad su alma se enciende, si a su patria se ofrece en oblación si Dios es Dios, en fin, ¿será posible que a una nada común lance imposible Vicio y Virtud, a Borgia y a Catón?...

(Lo invisible)

La visión que se forma el Poeta del Universo comienza a serenarse, crece la fe en el Ideal; la humanidad no le aparece como el borracho que montado en un asno va cayéndose para uno y otro lado, según la enérgica frase del reformador alemán; el recuerdo de los grandes hombres de la historia, el encadenamiento de los hechos que encamina a las muchedumbres hacia un porvenir mejor, hacia aquella ciudad ideal colocada por el más noble de los Emperadores romanos en los límites del tiempo, lo hacen decir:

Órgano inmenso de infinitas notas la humanidad camina a un solo fin. ¿Quién la empuja? el que mece las espigas, el que arte da al castor y a las hormigas, vuelo a las aves, hálito al jazmín.

(Moisés)

El desencanto de lo humano, la necesidad de saber y la tristeza de saber, la pérdida de las primeras ilusiones, ficticia fuente de histéricos sentimentalismos en los poetas adocenados, grandioso manantial de aguas amargas pero vigorizadoras en los grandes espíritus, le da a las composiciones que siguen un acento doloroso casi, doloroso, por lo sincero:

El alma del cantor

Mi alma, ese mar de pensamiento y vida que calla o muje, duerme o se estremece...

(Eros)

Es aquel mar oscuro sobre cuyas aguas parten, para no volver nunca, como en el cuadro adorable de Gleyre, las Vírgenes Blancas y los efebos rubios que entonaron sus coros en las primeras fiestas de la vida. Desde la arenosa orilla el Poeta cuyos ojos cansados reflejan la luz del Poniente las ve alejarse y canta su huida.

No, no investigues tanto los secretos de la oscura creación; porque al llegar al fin de la jornada perderás la ilusión.

En la seda recuérdase al gusano, el áspid en la miel, en el sueño la calma del sepulcro, a Caín en Abel.

El arrebol celeste de la tarde recógese en crespón; en coágulo de sangre el escalpelo convierte el corazón.

La fe conforta y la razón quebranta con su diente voraz y en el pensamiento espinas trae sólo en su carrera audaz.

(Dulce Ignorancia)

Esa desilusión de lo humano levanta al bardo a regiones más altas, hace su inspiración más uniforme y le quita el acento de queja; añade una cuerda más sonora a la lira, aclara los horizontes, le hace entrever las leyes que él contiene y convierte en claridad de aurora el rayo débil que alumbraba las tinieblas de la primera parte del libro:

De la flor el perfume todo lo invade, aunque jamás se palpe; la atracción del imán pasma a la ciencia; el opio aduerme; pero nadie sabe dónde está del enigma la fiel clave. Como encanto incompleto Colón el mundo físico, pesándolo en la fina balanza de su mente hallamos el moral en deficiencia cuando activa la edad nuestra conciencia.

Lo grande tiene un habla un no sé qué espasmódico y profundo. Algo que hace entrever cosas remotas o recordar algunas que pasaron y que huellas visibles no dejaron. También cuando miramos desde audaz eminencia los abismos, o en estrellada noche el firmamento, o escuchamos el trueno del torrente el mismo íntimo espasmo el alma siente.

(Sursum)

Y el horizonte se aclara y la voz del poeta se alza:

La realidad -lo que se palpa o mira- apenas es perfil de lo que existe;
Fin de la vida que entreabre el cielo y resucita la edad primera; también a tiempo que acaba el hielo florecen lirios en primavera.
De los misterios algo se esconde en cada pliegue de nuestro estambre que al llamamiento siempre responde del invisible divino alambre.
Ese algo vence letal cicuta, ese algo estatuas hace del lodo, ese algo al crimen triunfante inmuta, ese algo en Cristo resume el todo.

(Ideales)

La vida de la Tierra es sólo larva nebulosa, informe, de lo que el Bien inmarcesible encierra, como es germen de nuevo continente polvo que el mar arrastra en su corriente.

(Ultra)

Ahora es la creencia la que habla, la afirmación definitiva surge de las vacilaciones, la luz se hace en la oscuridad:

No hay regla de criterio que no resulte en un momento falla... Percibe el alma así luz de misterio y al cabo, como sol de pira amante se eleva a lo inefable, palpitante.

Y el Poeta, angustiado al comenzar por los insolubles problemas, desencantado luego de los triunfos humanos, convencido ahora de las realidades eternas, invoca la hora de llegar al puerto y perderse en la Luz Increada:

¡Oh! ¡Libertad divina, la crisálida rota de este suelo, deja al alma emprender glorioso vuelo!

(Libertad)

Y, poniendo el infinito del amor místico en lo infinito del amor humano, le dice a la mujer amada:

¡Oh, ven, mientras llega la muerte y nos hace gigantes!

(Sideral)

Y el libro se cierra con una grandiosa profesión de fe, que compensa y hace olvidar los anteriores sufrimientos:

Cada hombre es una parte de la eterna unidad que en Dios reside y no hay ciencia, ni ley, fuerza ni arte, que impunemente esa verdad olvide.

Interesante en sí como documento humano, la historia de la evolución interior contenida en la serie de poesías que acabamos de recorrer adquiere doble valor si se considera como síntoma de las tendencias idealistas y religiosas que se notan en todos los ramos de la ciencia y del arte en los últimos años; de ese gran movimiento que les ha dado millares de lectores a las obras de Dostoievski y Tolstoi, a la música de Wagner sus fervorosos adeptos; que ha convertido la novela francesa, simple medio de anotación de sensaciones en manos de Zola, en delicado instrumento de análisis psicológico en las de Bourget, Rod y Rosny; que en la pintura ha venido a reemplazar los procedimientos de Raffaelli y Manet con los de Gustavo Moreau y Puvis de Chavannes; en la crítica los métodos de Saint Beuve y Taine con los de Vogue y Teodoro de Wysewa, y que en el campo filosófico ha producido los trabajos de Guyau, Fouillée, Renouvier, Pillon y Dauriac. Mientras que esos espíritus, nutridos de ciencia y ansiosos de creencias al mismo tiempo, prosiguen sus estudios en que clarea una aurora nueva, los hombres de acción que han sentido la necesidad de nuevas formas religiosas se apartan de la avanzada intelectual que encabezan y buscan la solución práctica del problema en una ética personal y en una creencia definida. Dióselo Tolstoi con su brusco alejamiento de la corte y su retiro a las propiedades de Yasnaia-Poliana, donde lleva vida de asceta; la han encontrado otros en la vuelta a las creencias de la infancia. Más afortunado que sus hermanos de dudas y de desconciertos, que después de aprender la ciencia humana y de hacer su experiencia del Universo pueden decir, poniendo en él todo su cansancio, el verso adorable de Mallarmé *La vie est triste, hélas! et j'ai lu tous les livres*, el espíritu del Doctor Núñez vino a encontrar la paz anhelada en las creencias de sus mayores, en la Religión que aprendió de su madre, la dulcísima anciana cuyo retrato guarda como una reliquia el salón blanco de la quinta del Cabrero, y que, separada de él por el doble infinito del tiempo y de la muerte, le sonreía en imagen y acompañaba sus horas de labor ardua y de profundas meditaciones.

La quinta del Doctor Núñez, cuya vista ofrece hoy El Cojo Ilustrado, está situada al noroeste de Cartagena, la vieja ciudad heroica, tres veces sitiada, cantada por Heredia en sus maravillosos sonetos, y que renace hoy gracias al amor de sus hijos y al ferrocarril que la une con el Río Magdalena. ¡Lugar forjado a propósito para que en él se deslizara la vida de un pensador desencantado de lo humano parece la mansión construida en la pequeña península que recibe en su doble playa el beso de las ondas del mar Caribe, que enfrentado por las costas de la bahía llega allí como acariciador y medio dormido a lamer la arena de la orilla! Desde los balcones de la Quinta, pintada de blanco y medio oculta en los jardines que cantan una estrofa de vida con sus verduras violentas y el color encendido de las flores; por sobre el bosque de cocoteros que la rodea, se ve en las cercanías la Capilla que levantó a la Virgen la piedad de la señora Román de Núñez, y allá, en lontananza, las viejas murallas de la ciudad heroica, negras por los líquenes que

las cubren, enguinaldadas por las enredaderas que por ellas trepan y ostentando todavía las huellas de los cañones de Pointis. Las paredes blanqueadas, las palmas que ondulan como abanicos movidos por el viento, el azul profundo del cielo, sobre el cual se corta allá en el horizonte la línea pálida del mar y quizás la blancura de una vela que hace rumbo hacia lejanos países, los viejos castillos españoles levantados como centinelas en las alturas, le dan al paisaje un aspecto de Oriente. Allí, en ese retiro de filósofo y de poeta, encontrábase al hombre que ha ejercido en los últimos años decisiva influencia sobre los destinos de su patria.

Sencillamente vestido de dril blanco, sentado en una silla de bambú y esparto, el antebrazo apoyado en los brazos del asiento, la cabeza inclinada sobre el pecho; un mechón de cabellos entrecanos cayéndole sobre la frente elevadísima, los ojos claros y azulosos, medio cerrados, con una extraña expresión de cansancio físico y de profunda vida interior, al comenzar la conversación parecía abstraído en meditación profunda. Mientras los temas no se alejaban de las preocupaciones vulgares, de los detalles diarios, veábase así, los ojos nublados como por la niebla de una idea; oíase la voz lenta y perezosa que articulaba frases de fórmula. Al hablársele de sus contrarios; de los que las odiosas luchas políticas habían colocado frente de él en actitud de batalla; de los que olvidaron los favores recibidos, su fisonomía tornábase impasible; no se oía una frase amarga de sus labios, aquello no le interesaba, su inteligencia parecía volar a inconcebible altura sobre el tema de la conversación.

En cambio, hubierais nombrado delante de él a una de las glorias americanas, de los lidiadores que en los días cruentos en que sacudían Las Américas el yugo secular pusieron su vida y su fortuna y su valor al servicio de la Patria; o hablado de los progresos materiales que el país está llamado a lograr en el curso del tiempo; o dejado caer como una piedra preciosa en la conversación el nombre de un gran poeta, de los que formaban su sociedad intelectual, habríais visto la transformación que se efectuaba: la mano cansada hubiera pasado por sobre los cabellos y con ademán de fuerza se pasearía por la barba entrecana, los ojos apagados se hubieran encendido con el fuego de la juventud; el cuerpo entero, como galvanizado, se erguiría; alzaría la voz su monótono diapasón, y el hombre que teníais delante os parecería como transfigurado por el entusiasmo; los sesenta y nueve años que hubiera cumplido en estos días estaban borrados, tenía treinta, la edad de las luchas y del esfuerzo poderoso; tenía veinte, la edad de los entusiasmos sublimes y de las noblezas idealistas... No tenía edad como no la tiene el genio.

Cuatro palabras sobre la carrera pública del Dr. Núñez completarán para nuestros lectores el esbozo que, a grandes rasgos, les ofrecemos, para acompañar el retrato con que se engalana este número de El Cojo Ilustrado. Nacido en Cartagena, el 28 de septiembre de 1825, de ilustre familia, varios de cuyos miembros se distinguieron en la época de la independencia, ocupó los siguientes puestos oficiales en los Estados Unidos de Colombia: Cónsul de los Estados Unidos de Colombia en Liverpool, Representante por varios Estados a las Cámaras Nacionales, Senador, Presidente del Senado, Presidente del Estado de Panamá, Presidente del Estado de Bolívar, Presidente de los Estados Unidos de Colombia, Presidente Titular de la República de Colombia desde 1886. Este último puesto lo ocupó desde entonces, sin aceptar el sueldo que remunerara su desempeño; detalle insignificante y vulgar si se quiere, sobre todo al compararlo con el desprendimiento de los bienes de fortuna que fue la norma de su vida, pero que da idea de la nobleza de su carácter.

Ni el desprecio de la obra propia aun cuando el éxito la haya coronado, que pretende Renán que sea el signo supremo del hombre superior, le faltaba al Dr. Núñez. Sin las repetidas instancias de sus amigos y admiradores, sus poesías, de las cuales fue él

mismo crítico severísimo, serían casi imposibles de encontrar, dado que vieron por primera vez la luz en publicaciones periódicas más o menos efímeras. Idéntica cosa ha pasado en sus artículos sobre política y finanzas, que otro de sus entusiastas admiradores, Don Rafael M. Merchán, juntó en el tomo de que antes hemos hablado, con el nombre de La Reforma política en Colombia. Dejamos a biógrafos más apasionados y que optan en todo por las conclusiones simplistas, la tarea de averiguar si los triunfos políticos llenaron las ambiciones secretas del autor de Sursum. De seguro que la respuesta será categórica y afirmativa.

En nuestra opinión humilísima, el sentimiento que imperaba en el alma del Presidente Titular de Colombia cuando le abrió el ala negra de la muerte los espacios desconocidos es el mismo que lo inspiró a cantar en su Moisés el descanso del caudillo hebreo, muerto en la altura del monte desde donde alcanzó a ver y a señalar a su pueblo los horizontes de la Tierra prometida...

Después murió. Del triunfo las angustias su corazón no tuvo que sufrir: la ingratitude más dura que el suplicio, el laurel más punzante que el cilicio no pudieron su sueño interrumpir.

Caracas, septiembre 28 de 1894.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo